

ESPAÑA, CARA AL ANARQUISMO

por A. G. GILABERT

En España se ha revalorizado el anarquismo, cuando la ofensiva reaccionaria contra nuestras ideas se había acrecentado en todos los países de régimen autoritario.

Incluso en nuestra península se ejercía una política gubernamental de represión contra el anarquismo, que ponía en peligro la corriente de libertad que más tarde ha constituido la fuerza de choque contra el fascismo nacional e internacional. Los gobiernos democráticos han padecido un error tremendo al considerar que el movimiento anarquista era un factor de desorden y de disgregación social. Fue inútil que Kropotkin se esforzara en demostrar el contenido moral de las ideas anarquistas. En vano Reclus buscó las raíces del anarquismo en la propia naturaleza. Las clases dominantes y privilegiadas sólo veían en el movimiento libertario una fuerza enemiga de la sociedad.

Malatesta y Luigi Fabbri escribieron infinidad de artículos y varios libros exponiendo fórmulas constructivas y de ordenación económica sin recurrir al Estado ni a la autoridad, prescindiendo de aquél y de ésta. Asociando el anarquismo con el movimiento emancipador del proletariado, aquellos dos grandes sociólogos hallaron el sistema sencillo y práctico de organizar la sociedad suprimiendo la desigualdad de clases y los poderes represivos, sin más leyes que el mutuo acuerdo, la solidaridad y las prácticas libertarias.

El anarquismo, propagado inteligentemente por infinidad de pensadores, hombres de ciencia y economistas, es un factor de progreso, de justicia y de libertad. Los gobernantes no lo han creído siempre así, y toda la campaña que se ha hecho contra los anarquistas y toda la represión que se ha ejercido contra éstos, no se ha apoyado en ningún principio científico, racionalista ni lógico, sino en los intereses opuestos y antagónicos creados por el régimen de propiedad privada en que se rigen las naciones.

En los países de régimen autoritario exacerbado, al anarquismo no se le permite expresión legal ni pública, y en los países democráticos no se le reconoce legalmente, pero no se prohíbe la propaganda anarquista, siempre que ésta no signifique un peligro revolucionario. Allí donde el anarquismo constituye un movimiento de transformación social inmediato, los demócratas y los autoritarios están de acuerdo en reprimirlo inexorablemente, porque unos y otros son enemigos del progreso, en más o menos escala, y se resisten apantallando un mundo social que, por imperativo de las circunstancias, se va

en ruinas, envejecido y fracasado. No se ha querido comprender que la economía moderna, el progreso, la ciencia, la filosofía y el propio arte, todo lo que constituye civilización, reclaman un régimen social nuevo, unas fórmulas de convivencia a tenor de las circunstancias, porque el ideal de los pueblos, expresado en distintas formas, es el de ser libres y felices. La libertad y la felicidad humana no podrán existir si no se anulan los privilegios políticos y económicos, si no se suprime la propiedad privada y el monopolio político al servicio de una clase social. Aquella libertad y aquella felicidad han de basarse en la igualdad económica y en la libertad política, que son la médula del socialismo integral, del anarquismo, porque no puede haber socialismo verdadero si no hay igualdad económica y libertad política, basadas en la paridad de derechos y de deberes entre todos los hombres.

Los anarquistas son los más fieles intérpretes del socialismo, en lo que éste tiene de justicia y de emancipación social. La dictadura del proletariado, la supervivencia del Estado a través de la revolución y el respeto a la pequeña propiedad son innovaciones extrañas que el marxismo ha introducido en el movimiento socialista.

Los acontecimientos de España, merced a la intervención y actuación de los anarquistas, tienden a devolvér al socialismo su verdadera naturaleza. España va cara al anarquismo, porque en nuestro país se han ensayado ya todas las fórmulas gubernamentales conocidas, con resultado negativo. La democracia y el socialismo colaboracionista y gubernamental han fracasado estrepitosamente aquí como han fracasado en todo el mundo. España quiere ahora un régimen nuevo; por eso a la guerra que los fascistas han declarado al pueblo, éste ha contestado con la revolución social. Nuestra revolución, no obstante, no está aún bien perfilada ni definida. Las revoluciones no se perfilan ni definen en un corto plazo de tiempo. Antes es preciso que sufran un proceso, más o menos largo, de ensayos y prácticas que las van perfeccionando y dándoles cuerpo de naturaleza.

La revolución española se halla ahora en el período de ensayo y definición. Podemos asegurar que éste será tanto más anarquista cuantas más prácticas de libertad se realicen. Y si nos basamos en las experiencias recibidas, es forzoso convenir en que sólo en el anarquismo se pueden hallar fórmulas de solución definitiva, si no se quiere hacer las cosas a medias y si se quiere evitar que el pasado se repita.

LA REVOLUCION A TRAVES DE NUESTROS TEORICOS EPOCA DE GUERRA

En la historia de los pueblos suele presentarse un período en que se impone un profundo cambio en toda la vida de la nación. La monarquía despótica y el feudalismo se morían en 1789; no era posible conservarlos; era preciso renunciar a ellos. Y en tal situación presentábanse dos vías: la reforma o la revolución.



Hay siempre un momento en que la reforma es todavía posible; pero si no se aprovecha aquel momento, si hay obstinación a las exigencias de la vida nueva, hasta el momento que la sangre llega a correr en la calle, como corrió el 14 de julio de 1789, entonces se impone la revolución; y una vez iniciada la revolución, necesariamente ha de desarrollarse hasta sus últimas consecuencias, es decir, hasta el punto a que es capaz de llegar, aunque sea temporalmente, dado el estado de los ánimos en aquel momento de la historia.

PEDRO KROPOTKIN, en *La Gran Revolución*.

Un hombre joven, una mujer joven, tienen una vida nueva por delante. En las avanzadas y en la retaguardia, deben conquistarla.

Para proceder como corresponde en esta hora, hay que sentir en carne propia y hacer sentir a los demás la situación de guerra, la decisiva situación en que estamos interviniendo todos.

No basta seguir con atención los detalles de la lucha en los frentes. Hay que ser, allí donde se esté, un luchador infatigable. Hay que responder con todas las fuerzas a cada labor que vaya en beneficio de la victoria. Es indispensable que no quede lugar para otra cosa que para la grandiosa obra que estamos realizando en la retaguardia y en los campos de batalla.

Es la época de los verdaderos hombres, de las mujeres heroicas. Es la época de la guerra en que damos todos algo de nuestro ser, en que sabemos a conciencia lo que nos espera si nos derrotan y también lo que el porvenir nos traerá si salimos victoriosos.

No hay que hacer fáciles cálculos que lleven a la observación pasiva, a la confianza exagerada en los actos de nuestros valientes cuadros de guerra. Hay que compenetrarse de la verdad. Y la verdad es tajante, dura, decisiva. La verdad, camarada, es que la guerra no está ganada, ni puede decirse que se acabarán los crímenes del fascismo internacional, ni puede desconocerse la posibilidad de una hecatombe mundial.

Hay que afrontar todas las consecuencias de nuestra lucha. Para esto, hay que saber que ella es difícil, larga, y nos reclamará muchas vidas y enormes sacrificios. Las ilusiones optimistas, cuando no están respaldadas por una verdad indiscutible, son peligrosas en tiempos de guerra social. Cuando un pueblo es el llamado a actuar directamente, dando todos los esfuerzos, no puede ni debe mantenerse artificialmente la tensión revolucionaria. Pueden producirse después desmoralizaciones suicidas y puede decaer la voluntad de lucha.

No precisa nuestro pueblo de tales artificios. Sabe que las revoluciones que llevan a la libertad, cuestan siempre dolorosos sacrificios. Sabe que no hay más deber para quienes sientan y piensen como humanos, que una guerra, cueste lo que cueste, despiadada, hasta quedar unos u otros, contra las bestias sanguinarias del fascismo. Tiene en su seno nuestro pueblo, su pujante vanguardia anarquista, el amor a los ideales nuestros, la fe en las gloriosas organizaciones que las orientan: la F. A. I. y la C. N. T.

¡Época de guerra! ¡Época de Revolución! Hora de los valientes y de los audaces. Hora de los que viven entre el pueblo, dando el ejemplo. Hora suprema, camarada, en que has de sacar de los más recónditos rincones de tu ser, lo más noble que hay en el hombre. ¡Época de guerra! ¡Época de Revolución!

OBRA ANARQUISTA

Es el anarquista un luchador que obra dentro de la masa social de que es parte. En todas las circunstancias ha opuesto a la acción por decreto la acción directa del pueblo. Cuando los otros llamaban a las urnas para elegir "representantes" de la voluntad popular, el anarquista incitaba a hacer, a realizar por vía directa cuanto en la vida política electoralista constaba en los programas y llenaba las promesas. A realizar mucho más, ya que ninguno de los aspirantes a empuñar el timón estatal podía destruir la máquina que iba a manejar él mismo.

Cada problema del pueblo puede resolverse con su propia intervención. Y ahora que tenemos libertad de acción, ahora que somos dueños de los derechos que antes obstaculizaban nuestra labor de propaganda, debemos más que nunca proseguir en la misión señalada, para que la Revolución sea algo más que el primer impulso cumplido, para que la Revolución rebase los cerros de quienes se asustan de lo poco hecho o de los que la miden por cuantagotas cuando se trata de hacerla avanzar en realizaciones socialistas.

Recalcamos esto, por cuanto las circunstancias creadas por la colaboración en la guerra antifascista y en los puestos oficiales, parece haber influido en ciertos sectores e individuos que olvidan las enseñanzas de siglos de experiencias y dejan de lado las conclusiones de la crítica anarquista que más falta hacen ser recordadas, para no caer en actitudes y concepciones que en su acumulación de todos los días van a traducirse, al final, en resultados contrarrevolucionarios.

Queremos crear una sociedad libre. Obra permanente del anarquista es estar realizándola en la base, mezclado con los hijos del pueblo, dándole calor,

en el sindicato, en la barriada, en el taller o en la fábrica. Lo transitorio es lo impuesto por la guerra. Lo perenne, lo que ha de dejar saldos positivos para la Revolución, es la actuación anarquista, la propaganda y la organización libertarias, el trabajo directo de los trabajadores orientados por los militantes. Así lo han comprendido nuestros organismos de la F. A. I. y la C. N. T. que ponen en su lugar, deslindando posiciones, aquello que es verdaderamente constructividad revolucionaria. La vuelta a la base, la acción en los sindicatos, en los barrios populares, en los lugares de trabajo, ha sido proclamada como urgente labor nuestra.

Como anarquistas, sabemos que la Revolución, alcanzado su desarrollo pleno, ha de estructurar la economía y la vida social, al margen del Estado. Y, si el Estado cuenta hoy con la intervención de nuestras organizaciones, éstas no olvidan jamás que no es para consolidarlo, para convertirlo en "libertador" del proletariado, sino para vencer en la guerra, que se participa en su dirección. Nuestra misión está, como siempre, en la actividad desplegada entre los productores, para organizar la producción en los Sindicatos, en las Comunas, y entrelazar todos los Sindicatos y Comunas federativamente, de la periferia al centro, estimulando todas las creaciones que marchen al mismo fin.

Nuestra labor ha de estar en los puestos de combate, en los trabajos de máxima responsabilidad, en las avanzadas de este otro frente de guerra que es la reconstrucción social. Y debemos realizarla con el mismo ardor y la misma pujanza con que cumplen la suya nuestros combatientes de los frentes antifascistas.

Los que van en el carro fatídico de la muerte y quien le lleva... que pronto reventará o le reventaremos.



LA DISTRIBUCION

El colectivismo como Guillaume y el comunismo como Malatesta lo comprendían, ofrecían la más grande amplitud de esas concepciones — el progreso hacia el comunismo o su realización completa allí donde la abundancia lo permitiera, y los arreglos colectivistas de matices dispersos allí donde la abundancia no exista aún y con el fin de crearla. MAX NETTLAU, en "La Anarquía a través de los tiempos".

ANALISIS DE LA GUERRA, POR UN PERITO

(Continuación)

SIXTE PUNTOS

La posición actual es la siguiente:
1) Un grave error militar por parte del Gobierno o una concentración de casi todas las fuerzas rebeldes disponibles en un frente reducido en uno u otro lado de la ciudad, puede permitir a los rebeldes adelantarse en las calles de un momento a otro.
2) Las posibilidades de tal operación, que puede tener resultados definitivos, son pocas.
3) Los dirigentes rebeldes continúan en su posición de reducir a mínima una considerable parte de la ciudad, con fuego de artillería y bombardeos, pero el resultado militar de matar ciudadanos y destruir sus hogares, ha demostrado ser completamente desastroso.
4) Las posibilidades de que los invasores puedan recibir rápidamente refuerzos en infantería efectiva de España misma o del Marroquí son casi nulas.
5) La cuestión de si el Gobierno podrá lanzar rápidamente un efectivo contraataque, depende en parte de la fuerza numérica de la infantería entrenada de la columna internacional, y en parte de la velocidad con que puedan prepararse las milicias a fin de que

estén en posición de realizar la parte que corresponde a la moderna infantería. Los expertos militares sobre el terreno, difieren en sus cálculos por lo que se refiere a este último extremo, y no vemos más que el futuro mismo que pueda resolver este punto.
6) Si, y una vez el Gobierno está en condiciones de poder lanzar tal ataque, podrá, no solamente derrotar, sino aniquilar las fuerzas invasoras, lo que significaría una rápida merma de la autoridad rebelde en los distritos que actualmente están bajo su efectivo control militar.
7) La teoría de que el tiempo podrá, por sí mismo, derrotar a los moros invasores, es exagerada, como lo fué la de las lluvias abisnias. Es cierto que los moros sufren mucho con el frío, pero por el momento el frío fuera de Madrid actúa como un aliado para ellos, y están dispuestos a hacer lo que sea para verse libres de él. La cuestión sexual tiene también en este respecto una cierta importancia militar. En las pequeñas ciudades hasta ahora ocupadas por los rebeldes, los dirigentes de los destacamentos moros, han tenido, en algunos casos, que repartir las mujeres prisioneras en la proporción de una sola por veinte hombres. Se espera, naturalmente, que en Madrid habrá muchas más. Prisioneros moros, afirman que esta esperanza es de con-

siderable valor para mantener el espíritu de la sección africana de las tropas invasoras. La opinión general es que sin importantes refuerzos de fuera de España — en forma de una adición importante a los armamentos de tierra y aire alemanes e italianos de los ya enviados — la ocupación de Madrid, si no completamente imposible, es muy improbable, en tanto que la falta de tales refuerzos puede significar de un momento a otro una rápida y final victoria del Gobierno.
INGLATERRA Y ESPAÑA
Al lado del fiero pero notable cambio y enfriamiento de tono hacia Franco, que se ha notado en las editoriales conservadoras británicas durante la última semana, existe el siguiente complejo de hechos:
Completamente aparte de tendencias políticas y preferencias, el Gobierno británico y el "British Foreign Office" han sido, desde el principio, informados con una asombrosa falsedad sobre los hechos elementales de la situación en España.
Uno de los principales, entre los que se han dedicado a informar al "British Foreign Office", es el señor Madariaga, quien, según tenemos entendido, ha tenido con mucha fre-

cuencia a su disposición el importante oído de Sir Robert Vansittart.
Posiblemente, la participación del señor Madariaga en la concepción del plan Horeb-Laval, le ganó la admiración de Sir Robert. Posiblemente también el propio Sir Robert ha sido la víctima de una grave equivocación con respecto al señor Madariaga, que ha redundado grandemente en beneficio de este último.
Hay muchos círculos liberales en Inglaterra, en los cuales el señor Madariaga era considerado algo así como un liberal, aun siendo representante de la nueva España.
Esta apreciación hace ciertamente sonreír a cualquiera que conozca el hecho de la ígil carrera política del señor Madariaga — y no menos, suponemos, al propio señor Madariaga. — En resumen, el señor Madariaga ha estado identificado políticamente con el señor Lerroux — una filiación política que nadie cuida, naturalmente, de elabar más que lo absolutamente necesario.
Hay día, ciertamente, después de su artículo en *The Observer*, su posición como especador imparcial y liberal de la escena de España ha decaído mucho, aun a los ojos de los más cándidos entusiastas de la Sociedad de Naciones.

EQVOCACION
Pero el hecho es que Madariaga, debido en parte a la equivocación más arriba mencionada respecto a sus filitaciones políticas y ambiciones fué, durante algún tiempo, aceptado en muchos círculos influyentes de Londres como un imparcial observador y consejero de los sucesos de España.
Fué contactado a la gente — incluyendo, es de suponer, a Sir Vansittart — que los rebeldes tenían una espléndida posibilidad de ganar la guerra sin necesidad de venderse completamente a Roma y a Berlín; que el general Franco era un patriota, que cuando tuviera el poder no entregaría nada importante a los alemanes o a los italianos, y que como, ciertamente, se encontraría muy pobre y con necesidad de dinero, sería fácilmente susceptible a la influencia británica.
Como propaganda para los rebeldes no se podía haber encontrado nada más dulce ni más claro. Como expresión de los hechos, carecía de sentido. Como un modelo de política erra, desde el punto de vista británico, desastroso.
De todos modos, y por la razón que fuera, el "Foreign Office" decidió aceptar como bueno el cuadro que de la situación presentaba el señor Madariaga. (Continuado)